



Misión de la universidad católica. Reflexiones en torno al relativismo y el mercantilismo

The Mission of the Catholic University. Reflections on Relativism and Mercantilism

Rafael Fayos Febrer*

Resumen

En este breve escrito analizamos dos de las principales amenazas que sufre hoy la universidad católica en relación con el cumplimiento sus fines: el mercantilismo universitario y la crisis de la verdad. El mercantilismo universitario es entendido como la conversión de un medio, como es la sostenibilidad económica de un proyecto educativo, en un fin, lo que hace de la rentabilidad el eje vertebrador de toda institución universitaria. Así mismo, la reducción de la verdad y objetividad al ámbito de las ciencias experimentales limita el horizonte especulativo de la Universidad y con ello sus aportaciones al servicio del hombre mismo y de la sociedad. A lo largo del escrito describimos ambos fenómenos, lo que evidencia cómo están afectando la misión de la universidad católica que viene descrita en los documentos magisteriales como búsqueda de la verdad. Al final de nuestro trabajo, proponemos algunas iniciativas con el objetivo de superar tanto el utilitarismo, en forma de mercantilismo, como el escepticismo, disfrazado de científicismo, y recuperar la verdad como fin y misión primigenia de la Universidad.

Palabras clave: Universidad, verdad, J. Ratzinger, científicismo, capitalismo.

Abstract

In this brief paper, we analyze two of the main threats the Catholic university faces today to fulfill its purposes: university mercantilism and the crisis of truth. University mercantilism is understood as the conversion of a medium, such as the economic sustainability of an educational project, into an end, which makes profitability the backbone of every university institution. Likewise, the reduction of truth and objectivity in the field of experimental sciences limits the speculative horizon of the University and thus its contributions to the service of humankind and society. Throughout the paper, we describe both phenomena, which show how they affect the mission of the Catholic university, described as a search for truth in magisterial documents. At the end of our paper, we propose initiatives to overcome utilitarianism, in the form of mercantilism, and skepticism, disguised as scientism and recovering the truth as the University's primary purpose and mission.

Keywords: University, truth, J. Ratzinger, scientism, capitalism.

*

Licenciado y doctor en filosofía por el Pontificio Ateneo Regina Apostolorum de Roma Máster en Bioética (2014) por la Universidad Católica de Valencia. Profesor titular de antropología en la Universidad ceu Cardenal Herrera de Valencia (España). Correo electrónico: rfayos@uchceu.es

Introducción

Hablar de la misión de la universidad católica nos remite necesariamente a una de las cuestiones más importantes desde un punto de vista filosófico, social y cultural de los dos últimos siglos: la crisis de la verdad. Pues la universidad católica, como veremos en este escrito, tiene su razón de ser en la búsqueda, transmisión y difusión de la verdad. Ciertamente que esta crisis no proviene del ámbito de las ciencias experimentales, sino de la pretensión de que estas sean la única fuente de conocimiento que reconozcamos como objetiva y verdadera. Con ello no solo se limita la razón humana, también la realidad, con lo cual quedan fuera del horizonte de la verdad las cuestiones clave de la vida del hombre, por ejemplo, el sentido último de su existencia.

Pero la Universidad no solo ha padecido la profunda crisis epistemológica propia de nuestros tiempos. Debemos recordar que con frecuencia ha estado amenazada por instancias externas de naturaleza política o ideológica como el Estado¹, y también de índole económico —es el caso de fondos de inversión²—, que han intentado dominarla y ponerla al servicio de sus intereses. Actualmente, el afán de algunos por convertirla en empresa es una de sus mayores amenazas, pues, consciente o inconscientemente, las instituciones académicas están abandonando su vocación principal, la búsqueda de la verdad, para remplazarla por la rentabilidad económica.

La crisis de la verdad y el mercantilismo universitario constituyen el marco teórico en el que desarrollaremos algunas consideraciones sobre la misión de la universidad católica. Decía Alejandro Llano (2003), en una cita que se está convirtiendo ya en un clásico, “El tiempo configura las universidades, pero siempre se corre el riesgo de que las erosione” (p. 19). En este trabajo nos preguntamos cómo el escepticismo y el capitalismo al que acabamos de aludir han provocado una reconfiguración de la universidad católica hasta el punto de desvirtuarla en relación con sus fines y naturaleza. Y lo haremos a partir de los textos de algunos documentos del Magisterio de la Iglesia que abordan el fin de las universidades católicas, para confrontarlos con elementos que derivan de la crisis epistemológica y tendencia mercantilista en la que navega la secular institución académica.

Las fuentes que usaremos en este trabajo proceden, en primer lugar, del Magisterio de la Iglesia. No hay duda de que el documento magisterial clave en el que queda expuesta la misión de la universidad católica es la constitución apostólica *Ex Corde Ecclesiae* firmada el 15 de agosto de 1990, hace ya 30 años, por San Juan Pablo II. Un

1

Una muestra de estas injerencias es el caso de Pedro Laín Entralgo (Piñas, 2015, pp. 53-58).

2

La Universidad Europea de Madrid fue vendida en diciembre de 2018 al grupo de inversión británico Permira. Tres meses después cvc Capital Partners, fondo de inversión también británico, adquirió la Universidad Alfonso X el Sabio de Madrid (Ibercampus, 29 de abril de 2019).

año antes, el mismo pontífice había hecho pública otra constitución apostólica, *Sapientia Christiana*, acerca de las universidades y facultades eclesiásticas, en la que también se habla de las universidades católicas y su misión. Ambos documentos no dejan de aludir a la declaración *Gravissimum Educationis* del Concilio Vaticano II. Así, desde un punto de vista magisterial, estos serán los documentos clave a los que acudiremos en relación con la cuestión de la misión de la universidad católica. Todos estos serán complementados por discursos que los últimos pontífices han pronunciado en diversas ocasiones en encuentros con diversas realidades universitarias. Junto estas fuentes acudiremos a monográficos, artículos, capítulos de libro que abordan tanto el tema de la Universidad como el de la verdad y que ilustrarán e iluminarán nuestras reflexiones.

Con este objetivo, seguiremos este orden expositivo: en primer lugar, evidenciaremos cuáles son la naturaleza y la misión de la universidad católica, a la luz de los documentos pontificios. Posteriormente, analizaremos la cuestión de la amenaza mercantilista, para describir por último la crisis epistemológica, con base en el pensamiento de Joseph Ratzinger/Benedicto XVI. Culminaremos este breve estudio con algunas ideas que puedan inspirar e incentivar acciones concretas que coloquen de nuevo la verdad en el centro de la Universidad.

Misión de la Universidad: la búsqueda de la verdad

En los documentos magisteriales en los que se trata la misión de la Universidad, queda siempre muy claro y evidente que lo propio de la Universidad es la búsqueda de la verdad. Leemos a Juan Pablo II en la *Ex Corde Ecclesiae* n.º 30: “La misión fundamental de la Universidad es la constante búsqueda de la verdad mediante la investigación, la conservación y la comunicación del saber para el bien de la sociedad”³.

Acerca de esta misión debemos comentar algunos aspectos, el primero de los cuales es el de su urgencia. La búsqueda de la verdad se ha convertido en una cuestión apremiante en la medida en que nuestras sociedades han renunciado a ella⁴. Hace algunas décadas escribía Ratzinger (2006) que “el concepto moderno de democracia parece estar indisolublemente unido con el relativismo, que se presenta como la verdadera garantía de la libertad” (p. 84). Aunque no dejaba también de señalar más adelante “que un núcleo de verdad —a saber, de verdad ética— parece ser irrenunciable precisamente para la democracia” (p. 85). En todo caso, es la primera afirmación y no la segunda la que caracteriza las sociedades del siglo XXI; de ahí,

3

Así mismo, al inicio de ese mismo documento, el pontífice, al evocar sus años universitarios, comenta que lo propio de la universidad es “La ardiente búsqueda de la verdad y su transmisión desinteresada a los jóvenes y a todos aquellos que aprenden a razonar con rigor para obrar con rectitud y para servir mejor a la sociedad” (*Ex Corde Ecclesiae* n.º 2).

4

“Lo que en el fondo siempre ha impulsado hacia el descubrimiento de lo inédito es el amor a la verdad, pasión central de los universitarios. Y resulta que, desde hace más de un siglo, la idea misma de verdad se ha visto sometida a una implacable sospecha. Ya no se considera como la clave de la perfección de la persona humana, sino como una peligrosa ilusión que fomente las actitudes dogmáticas y el fundamentalismo. La verdad solo es aceptable si se relativiza, es decir, si se disuelve” (Llano, 2003, p. 10).

5

“A quien tiene una fe clara, según el Credo de la Iglesia, a menudo se le aplica la etiqueta de fundamentalista. Mientras que el relativismo, es decir, dejarse llevar a la deriva por cualquier viento de doctrina”, parece ser la única actitud adecuada en los tiempos actuales. Se va constituyendo una dictadura del relativismo que no reconoce nada como definitivo y que deja como última medida solo el propio yo y sus antojos” (Benedicto XVI, 18 de abril 2005).

6

También conviene consultar la *Evangelii Nuntianti* n.º 20 de Pablo VI: “La ruptura entre Evangelio y cultura es sin duda alguna el drama de nuestro tiempo, como lo fue también en otras épocas. De ahí que hay que hacer todos los esfuerzos con vistas a una generosa evangelización de la cultura, o más exactamente de las culturas. Estas deben ser regeneradas por el encuentro con la Buena Nueva. Pero este encuentro no se llevará a cabo si la Buena Nueva no es proclamada”.

7

El siguiente texto también es significativo: “Puesto que el saber debe servir a la persona humana, en una universidad católica la investigación se debe realizar siempre preocu-

que la tarea misma de buscar la verdad se haya convertido en sospechosa frente a la dictadura del relativismo⁵.

En consecuencia, como sostiene el *Ex Corde Ecclesiae* n.º 4, esta tarea se convierte hoy más que nunca en un servicio para el bien común de la sociedad: “Es un honor y una responsabilidad de la universidad católica consagrarse sin reservas a la causa de la verdad. Es esta su manera de servir, al mismo tiempo, a la dignidad del hombre y a la causa de la Iglesia”.

Un aspecto más que conviene señalar en torno a la misión de la universidad católica es que la búsqueda de la verdad es el presupuesto de una de las tareas en las que más ha trabajado la Iglesia desde el Concilio Vaticano II: el diálogo entre fe y cultura⁶ (*Gaudium et Spes* n.º 57). Para muchos este diálogo fue el verdadero motor del Concilio, que desde el inicio se presentó como un encuentro entre la Iglesia y el mundo actual. En razón a esto, hace bien la *Ex Corde Ecclesiae* n.º 5 al recordar que la condición necesaria, aunque no suficiente, para este diálogo es la búsqueda de la verdad: “Es en el contexto de la búsqueda desinteresada de la verdad que la relación entre fe y cultura encuentra su sentido y significado”.

La investigación científica y el desarrollo tecnológico —elemento clave de la cultura de nuestros tiempos— reclaman también una reflexión sobre el sentido y significado de sus descubrimientos. La verdad no abarca únicamente el dato exacto y verificado por el método científico. Hay que dotar de sentido y significado a las nuevas aportaciones de la ciencia y las aplicaciones tecnológicas que de estas derivan, de lo cual fue consciente Juan Pablo II cuando subraya en el *Ex Corde Ecclesiae* n.º 7 este elemento como muy importante en la misión de la universidad católica:

De hecho, los descubrimientos científicos y tecnológicos, si por una parte conllevan un enorme crecimiento económico e industrial, por otra imponen ineludiblemente la necesaria y correspondiente búsqueda del significado, con el fin de garantizar que los nuevos descubrimientos sean usados para el auténtico bien de cada persona y del conjunto de la sociedad humana. Si es responsabilidad de toda universidad buscar este significado, la universidad católica está llamada de modo especial a responder a esta exigencia; su inspiración cristiana le permite incluir en su búsqueda la dimensión moral, espiritual y religiosa, y valorar las conquistas de la ciencia y de la tecnología en la perspectiva total de la persona humana.⁷

Entonces, la búsqueda de la verdad pertenece a la esencia de toda universidad y sobre todo de toda universidad católica, por lo que no es de extrañar que muchas universidades hayan elegido como lema o

motu proprio la verdad. Por ejemplo: *In veritate libertas* (en la verdad está la libertad) de la Universidad CEU San Pablo, *In itinere veritas* (en el camino de la verdad) de la Universidad de Burgos, *Lux et veritas* (Luz y verdad) de la Universidad de Yale, *Via, veritas, vita* (Camino, verdad, vida) de la Universidad de Glasgow, *Qui facit veritatem, venit ad lucem* (El que obra la verdad va a la luz) de la Universidad CEU Cardenal Herrera, *Veritas* (Verdad) de la Universidad de Harvard, *Veritas liberabit vos* (La verdad os hará libres) de la Universidad de Cataluña (de la Llave, 2015, p. 107).

La comunidad universidad condición de posibilidad de la búsqueda de la verdad

La comunidad universitaria

Que la búsqueda de la verdad sea la misión de la Universidad se debe en parte al carácter comunitario propio de la Universidad. En tanto que la verdad sea considerada un bien común, podemos hablar de comunidad y más concreto de comunidad universitaria. Toda comunidad humana se genera a partir de la unión de voluntades que reconocen un bien común y se unen en su consecución. La verdad es un bien común y la Universidad es el conjunto de estudiantes y docentes que se dedican a la búsqueda, conservación y transmisión de esta. En el contexto de la actual cultura relativista esto tiene una importancia suprema como destaca Sara Gallardo (2017):

La comunidad humana se crea en torno a la unión de voluntades que quieren un mismo bien, bien que puede compartirse y gozarse comunitariamente. Si la verdad no es un bien (como se ha juzgado desde la ética de mínimos) o si se trata de un bien privativo (como presupone el relativismo), la institución universitaria pierde su sentido, la autoridad del maestro se relativiza y la disgregación de los espíritus por la pluralidad de visiones de las cosas (internet es el paradigma) convierte la sociedad en una suma gregaria de seres individualistas carentes del sentido de lo común. (p. 68)

Este carácter comunitario está en el origen de la Universidad y es necesario reflexionar brevemente sobre esto. ¿Qué es una comunidad? Como dijimos antes es la unión de personas en torno a un bien común, lo que hace que la podamos distinguir de otras agrupaciones humanas que se constituyen en relación con un interés compartido

pándose de las implicaciones éticas y morales, inherentes tanto a los métodos como a sus descubrimientos. Aunque presente en toda investigación, esta preocupación es particularmente urgente en el campo de la investigación científica y tecnológica” (Juan Pablo II, *Ex Corde Ecclesiae* n.º 18).

pero no un bien. Por ejemplo, en una asociación varios individuos se unen libremente porque a todos ellos les interesa lo mismo. Hay que reconocer que la Universidad puede albergar asociaciones de la más diversa índole, pero esta en sí no es una asociación. La comunidad humana tampoco es una organización que surge por la necesidad de estructurar y organizar el trabajo de muchos para hacerlo eficiente y eficaz. Que ciertos aspectos académicos deban ser organizados en la Universidad es cosa necesaria, pero no se puede convertir la Universidad o hacer de ella una organización; sobre todo, una organización estructurada a partir de lo meramente útil o económico. La Universidad tampoco debería ser masa de personas, por muy grande que sea el número de alumnos que participen de la misma. La masa es una entidad anónima; los elementos que la conforman han perdido su identidad al fusionarse unos con otros y formar un todo común. Si aplicamos esta acepción a un conjunto de hombres, podríamos llegar a la siguiente conclusión:

Una masa de hombres es un conjunto de individuos en el que cada uno pierde su condición peculiar para confundirse y mezclarse con los demás, siendo cada uno de estos “demás” una unidad numérica, un poco de cantidad que se añade a las otras cantidades en que han convertido los que se hallan en el conjunto. En medio de la muchedumbre, cada hombre hace lo que hacen los demás; no ejercita ni su capacidad reflexiva ni su capacidad de decisión. (García Hoz, 1996, pp. 35-36)

De esta manera, ni asociación ni organización ni masa humana son la Universidad. La Universidad es ante todo y sobre todo una comunidad de personas que, debido a que aspiran a un mismo bien —la búsqueda, enseñanza y transmisión de la verdad—, comparten un mismo estilo de vida.

Organización versus comunidad: rentabilidad o búsqueda de la verdad

Este carácter comunitario que hemos subrayado como fundamental es el que se ha perdido en favor de una configuración en forma de organización empresarial que es la que caracteriza a la universidad actual. Con ello se han perdido dos preciosos elementos específicos y propios de la Universidad, la libertad y la verdad, en favor de la rentabilidad económica y utilidad académica.

Esteban Hernández Jiménez, en un volumen titulado *Los límites del deseo*, describe el asentamiento de un nuevo modo de capitalismo en el siglo XXI que ha invadido no solo el mundo financiero, sino instituciones que hasta el momento habían escapado del mismo, por ejemplo, la Universidad. La libertad que en otros tiempos gozaba el profesor universitario, sea en la docencia o en la investigación, ha quedado supeditada no solo a la corrección política o adhesión al pensamiento único —que también—, sino fundamentalmente a la rentabilidad económica y académica. Así escribe Hernández:

Producir, difundir y enseñar conocimiento eran tareas que encajaban difícilmente en las lógicas de la rentabilidad. A pesar de ello, la historia del conocimiento científico en los últimos años es la del deslizamiento paulatino e incesante hacia la producción de resultados económicos, lo que lleva a utilizar de forma ambigua los códigos tradicionales de conducta (aquellos que tenían como horizonte el universalismo, la ausencia de intereses, el escepticismo y la defensa de la crítica y la verdad objetiva), y a sustituirlos por el pragmatismo profesional y la mercantilización. (p. 138)

Ciertamente, todo eso proviene en parte de la proliferación de centros universitarios, por lo menos en España, y de una creciente guerra comercial por la captación de alumnos y, por lo tanto, de matrículas que hacen no solo sostenible sino rentable el proyecto educativo. Pero la cuestión es si, como consecuencia de esta presión, la Universidad ha traicionado su naturaleza; es decir, ya no busca la verdad, sino vender servicios educativos a alumnos, que ya no son tales sino clientes y usuarios, a los que continuamente se les pide que realicen encuestas de satisfacción en las que valoran al docente y su experiencia de aprendizaje. Los equipos de marketing y comunicación han adquirido un protagonismo nunca visto en el ámbito universitario⁸ y la gestión universitaria se parece cada vez más a la empresarial: “la Universidad adquiere lenguajes y códigos típicos de las empresas, el aire se llena de palabras como auditoría y rendición de cuentas y los decanos actúan como si dirigieran una gran firma” (p. 143).

En este entramado cada vez más empresarial, el control del rendimiento, institucional o a nivel individual, es cada vez más fuerte. De este modo, las universidades se esfuerzan por aparecer en los *rankings* internacionales y organizan la vida institucional a partir de los factores que serán objeto de medición. En relación con lo anterior, adquieren suma importancia las publicaciones de los profesores en

8

“Las universidades y las escuelas de negocio, como el resto de empresas, han puesto en práctica sistemas de control de calidad y de medición del rendimiento, iniciativas para reforzar la marca y equipos de marketing y de comunicación, así como han desarrollado nuevas estrategias y han fichado a líderes visionarios para que las impulsen” (Hernández, 2016, p. 141).

revistas con alto índice de impacto, frente a lo cual no importa tanto el contenido de los artículos, la búsqueda de la verdad, como la revista en la que aparece el trabajo de investigación. Así, el profesorado tiende a centrarse más en la investigación, elemento mejor valorado por su rentabilidad en favor de la institución, en detrimento de la docencia. En un volumen en el que describe la educación universitaria de élite en Estados Unidos —ciertamente un contexto distinto al europeo—, William Deresiewicz (2019) indicaba algo que, guardando las distancias, podría aplicarse a este lado del Atlántico:

Publica o perece: las lealtades de los profesores van actualmente hacia sus disciplinas, no hacia sus instituciones. Su validación y su progreso dependen de lo que investiguen, no de lo que enseñen. Su atención la absorben sus colegas, las conferencias, las publicaciones académicas, las organizaciones profesionales; todo menos sus alumnos. (p. 206)

Está aconteciendo lo que denunciaba Guardini (2012a) en uno de sus ensayos: “Tan pronto como la verdad deja de estar como norma en la conciencia en la Universidad, esta se pone enferma” (p. 34). El pensador ítalo-alemán insiste en sus escritos sobre la Universidad en la facilidad de sustituir la verdad por la utilidad. Ciertamente que en los años cincuenta la utilidad no se identificaba como en nuestros días con la rentabilidad. Le preocupó a Guardini cómo el poder político usó la Universidad para sus fines al margen de la verdad en el contexto de los doce años de dominio nazi; también le inquietaba la investigación y cómo se orientaba a lo meramente práctico y técnico y dejaba de lado la reflexión ética sobre el poder que la técnica ponía en manos de los hombres⁹. En este sentido, son muy interesantes sus consideraciones sobre la figura del investigador. Precisamente, era su vinculación con la verdad sobre la que se fundaba ese carácter ético que otorgaba a su profesión una responsabilidad en el servicio a la sociedad:

Antes vivía en él la conciencia de una especial responsabilidad. Esta consistía no solo en que sus resultados deberían ser correctos —porque de lo contrario en cualquier parte salta por los aires una máquina—, sino que estaba relacionado con el concepto de investigar y de la verdad como tales, y con la importancia que estos tenían para la integridad de la existencia en general. Más aún, y ante todo: aquella responsabilidad residía en la dignidad del servicio a la verdad como tal. Todo esto ha

9

“(…) en el transcurso de la Edad Moderna el poder sobre lo existente, tanto cosas como hombres, crece ciertamente en proporciones cada vez más gigantescas, en tanto que el sentimiento de responsabilidad, la pureza de la conciencia, la fortaleza del carácter, no van en absoluto al compás de ese incremento; pone de manifiesto que el hombre moderno no está preparado para utilizar el poder con acierto; más aún, que en gran medida incluso falta la conciencia del problema, o bien se limita a ciertos peligros externos, como los han hecho su aparición en la guerra y son discutidos por los medios de comunicación” (Guardini, 1981, p. 94).

desaparecido en gran medida. El científico se ha identificado con su rendimiento; y este vale tanto como su utilidad. Así, el científico pierde su antiguo lugar en el conjunto de la existencia. (2012a, p. 46)

La lucha por recuperar la verdad y su papel central en la vida del hombre es parte de la historia de occidente, desde Sócrates hasta nuestros días y especialmente es la tarea más importante de la Universidad: “¿En qué consiste el sentido último de la Universidad? Puede enunciarse en una frase: “Conocer la verdad, y precisamente por sí misma” (Guardini, 2012b, p. 14).

La búsqueda de la verdad en el contexto actual

Tras estas reflexiones sobre uno de los aspectos, ciertamente de naturaleza práctica, que en el entorno actual afectan la naturaleza y misión de la Universidad, pasamos a considerar otro elemento que también incide en la secular institución académica.

La limitación de la razón moderna

El ideal de búsqueda comunitaria de la verdad se encuentra desde hace décadas limitado o condicionado por la racionalidad propia de nuestros tiempos. Debemos reconocer que lo que hoy consideramos como conocimiento científico y, por lo tanto, válido y verdadero, está intrínsecamente relacionado con las ciencias experimentales. En el fondo, el conocimiento experimental es el paradigma de racionalidad:

La imagen de la ciencia como el mejor ejemplo de la racionalidad humana, tanto en el nivel de las prácticas como de las creencias, es una imagen que goza de una amplia aceptación. No solo los científicos consideran la ciencia como el paradigma de la racionalidad, también se le otorga ese carácter privilegiado en círculos sociales más amplios, e incluso en muchos de los medios académicos donde se toma la ciencia como objeto de investigación (entre los historiadores, filósofos, sociólogos, psicólogos, etc.). (Ransanz, 1995, p. 171)

Joseph Ratzinger, agudo analista de nuestros tiempos, nos ha ofrecido, bien sea en su etapa como docente universitario y en otros momentos de su vida en calidad de pastor, cardenal o pontífice, algunas reflexiones sobre el empequeñecimiento que supone el científicismo, es decir, la reducción de las posibilidades del conocimiento humano

a lo meramente cuantitativo y la exaltación del método experimental como el único válido para el conocimiento verdadero y objetivo.

En su famoso discurso de Ratisbona en septiembre de 2006 desarrolla unas consideraciones sobre la razón moderna positivista, que conviene recodar en este momento. Para Ratzinger la razón moderna se ha encerrado o clausurado. Esta razón presupone que la inteligibilidad de la naturaleza solo es posible desde su dimensión cuantitativa y por lo tanto matemática. Por otro lado, solamente lo verificable empíricamente puede ser considerado verdadero. Escribe Ratzinger (12 de septiembre de 2006):

En el trasfondo de todo esto subyace la autolimitación moderna de la razón, clásicamente expresada en las “críticas” de Kant, aunque radicalizada ulteriormente entre tanto por el pensamiento de las ciencias naturales. Este concepto moderno de la razón se basa, por decirlo brevemente, en una síntesis entre platonismo (cartesianismo) y empirismo, una síntesis corroborada por el éxito de la técnica. Por una parte, se presupone la estructura matemática de la materia, su racionalidad intrínseca, por decirlo así, que hace posible comprender cómo funciona y puede ser utilizada: este presupuesto de fondo es en cierto modo el elemento platónico en la comprensión moderna de la naturaleza. Por otra, se trata de la posibilidad de explotar la naturaleza para nuestros propósitos, en cuyo caso solo la posibilidad de verificar la verdad o falsedad mediante la experimentación ofrece la certeza decisiva.

Los reduccionismos

Lo anterior deriva en una serie de reduccionismos que han sido claramente expuestos por el profesor Cantos Aparicio (2014), quien en un trabajo publicado en la revista *Relecciones* señala cuatro reduccionismos derivados de la razón cerrada, a la luz del pensamiento de Ratzinger: epistemológico, metafísico, científico y antropológico.

La reducción epistemológica ya ha sido expuesta, es decir, la razón meramente científica en sentido experimental sería el paradigma de racionalidad. Pero esta reducción epistemológica presupone una acotación de lo real a lo meramente cuantitativo y por lo tanto un acercamiento a aspectos de carácter metafísico sería totalmente inadecuado e inaceptable. De ahí que podamos decir que la reducción epistemológica conlleva una segunda reducción: la metafísica. Esta a su vez presupondría una reducción científica en el sentido de que

Solo el tipo de certeza que deriva de la sinergia entre matemática y método empírico puede considerarse científica. Todo lo que pretenda ser ciencia ha de atenerse a este criterio. También las ciencias humanas, como la historia, la psicología, la sociología y la filosofía, han tratado de aproximarse a este canon de valor científico. (Benedicto XVI, 12 de septiembre de 2006)

Estos reduccionismos desembocarían finalmente en una reducción antropológica, pues los grandes interrogantes humanos quedarían excluidos del ámbito que hemos acotado como científico, es decir, lo cuantitativo y verificable experimentalmente. Como escribe Ratzinger:

si la ciencia en su conjunto es solo esto, entonces el hombre mismo sufriría una reducción, pues los interrogantes propiamente humanos, es decir, de dónde viene y a dónde va, los interrogantes de la religión y de la ética, no pueden encontrar lugar en el espacio de la razón común descrita por la “ciencia” entendida de este modo y tienen que desplazarse al ámbito de lo subjetivo. (Benedicto XVI, 12 de septiembre de 2006)

En este contexto y en consonancia con todo lo anterior, se da expulsión de Dios del ámbito universitario, por lo que queda relegada a lo subjetivo. La teología no tendría carta de ciudadanía como ciencia y este es un punto que no podemos pasar por alto por diversas razones. Pensemos, por ejemplo, en la paradoja de que aquello que fue el *leitmotiv* en el origen y la creación de las universidades en el Medievo, esto es, el interrogante ¿quién es Dios? quedaría expulsado de las mismas. Así lo explica el profesor Cantos Aparicio (2014):

aquel espíritu profundo que llevó en el Medievo a la creación de las universidades —la búsqueda de la verdad y del bien auténticos—, está desapareciendo, o lo ha hecho ya del todo, en multitud de centros universitarios. Más aún, la que entonces era considerada como la aspiración más alta de la razón y la pregunta más excelente en la Universidad, la cuestión sobre el fundamento y sentido últimos del hombre y toda la realidad, Dios, ha sido prácticamente excluida del ámbito universitario.

Recordemos que fue una recomendación del Concilio Vaticano II que cuando no haya facultades de teología en las universidades católicas debe crearse un instituto para su estudio y enseñanza: “En las universidades católicas en que no exista ninguna Facultad de Sagrada

Teología, haya un instituto o cátedra de la misma en que se explique convenientemente, incluso a los alumnos seculares” (*Declaración Gravissimum Educationis sobre la educación cristiana*).

La situación actual de quienes siendo creyentes investigan y enseñan en las universidades se parece a la descrita por Romano Guardini en un ensayo titulado “Sobre el sentido cristiano del conocimiento”. Allí podemos leer: “Cuando reflexiona sobre las cosas de la fe, se encuentra como en una isla; en cuanto la abandona y piensa en el mundo, cultiva ciencia y filosofa, piensa como quien no cree” (p. 140). Esto es, la fe queda asilada del resto de las ciencias, más aún, no es ciencia y se mueve en el ámbito de la experiencia subjetiva. Esto, por ejemplo, se hace evidente en el ámbito de la naturaleza. Los creyentes no miramos el mundo como obra sino como naturaleza que consideramos como lo último, aquello detrás de lo cual no hay nada más, y que rige y gobierna el mundo natural. Pero la fe dice otra cosa, la fe dice que el mundo no es naturaleza, es obra, es creación:

Lo que el hombre de la Edad Moderna entiende por “mundo” es un malentendido. Lo que él llama “naturaleza” no existe. El mundo no es naturaleza. No es lo que está simplemente ahí y en lo que el hombre está inserto. No es aquello sobre lo que el hombre no puede preguntar qué hay detrás o qué hay más allá. Él no es “naturaleza”, sino “obra”. (p. 140)

Misión de la universidad católica

Si la Universidad y en concreto la universidad católica quiere cumplir con su misión de búsqueda, enseñanza y transmisión de la verdad, debe superar tanto el mercantilismo universitario como las limitaciones del marco epistemológico que hemos esbozado en el apartado anterior. A continuación, ofrecemos un elenco de propuestas que quizás podrían servir para inspirar iniciativas que aboguen por rescatar o restaurar el sentido y fin de la universidad católica.

La razón abierta

La clausura de la razón a lo meramente científico y experimental puede ser superada por un ensanchamiento de la razón, es decir, por aquello que Joseph Ratzinger ha denominado *razón abierta*. ¿Qué propone el papa emérito?

La gran tarea de la Universidad, y por tanto su gran reto ante el anterior imperio del positivismo, consiste en provocar e incentivar la cuestión por la verdad en sentido pleno e, inseparablemente, en “redescubrir constantemente la amplitud de la razón” (Benedicto XVI, 2006). Y es que ambos momentos son indisociables, pues “al interrogarnos por la verdad ensanchamos el horizonte de nuestra racionalidad [*erweitern wir den Horizont unserer Rationalität*], comenzamos a liberar la razón de los límites demasiado estrechos dentro de los cuales queda confinada cuando se considera racional solo aquello que puede ser objeto de experimento y cálculo”. (Cantos, 2014, p. 96)

No se trata de desterrar la ciencia, a saber, la racionalidad científica, pero sí cierto racionalismo científico que provoca un estrechamiento de la razón. Este bloqueo de la razón a todo lo que no sea lo propio y específico del conocimiento científico desemboca fácilmente en el cientificismo, actitud intelectual que busca “intentar pasar por verdades científicas (es decir, comprobadas empíricamente o deducibles de conclusiones experimentales establecidas empíricamente) afirmaciones filosóficas asumidas de forma acrítica y enteramente a priorista” (Marmelada, 2002).

Esta posición ideológica, más que epistemológica, puede ser criticada desde diversos ámbitos, uno de los cuales consistiría en mostrar que la naturaleza misma del conocimiento científico no engloba enunciados definitivos y concluyentes, sino todo lo contrario. La ciencia progresa y avanza por el carácter provisional de sus teorías. Conviene recordar cómo en el siglo pasado un grupo numeroso de filósofos atacaron la entronización de la ciencia como saber dogmático, al subrayar sus límites y carácter provisorio. Uno de ellos fue Karl Popper cuyo pensamiento es una lucha contra el dogmatismo científico y político. En la *Lógica de la investigación científica* escribía:

La ciencia no está cimentada sobre roca: por el contrario, podríamos decir que la atrevida estructura de sus teorías se eleva sobre un terreno pantanoso, es como un edificio levantado sobre pilotes. Estos se introducen desde arriba en la ciénaga, pero en modo alguno hasta alcanzar ningún basamento natural o dado; cuando interrumpimos nuestros intentos de introducirnos hasta un estrato más profundo ello no se debe a que hayamos topado con un terreno firme: paramos simplemente porque nos basta que tengan la firmeza suficiente para soportar la estructura, al menos por el momento. (p. 106)

Pero Karl Popper no fue el único. *La estructura de las revoluciones científicas* de Thomas Kuhn, el volumen *Contra el método* de Paul Feyerabend, entre otros, atacaron desde diversas perspectivas la actitud del cientificismo y la misma posibilidad de la ciencia de alcanzar la verdad. Ciertamente no compartimos ni comulgamos con la totalidad de sus propuestas¹⁰, pero sirvan sus escritos para romper con la divinización de la ciencia y subrayar que lo propio de esta es la prudencia en sus juicios y aseveraciones como nos recuerda Carlos Alberto Marmelada (2002):

El dogmatismo del que hace gala el cientificismo, y con el que procede sistemáticamente, supone todo lo contrario de lo que, en teoría, representa la racionalidad científica: prudencia en la emisión de juicios; humildad epistemológica, o lo que es lo mismo: reconocimiento de los límites del saber científico; espíritu crítico, que impele a no aceptar como tesis firmemente establecidas lo que no pasa de ser hipótesis o conjeturas, por muy sugerentes que puedan ser; y mentalidad analítica y antidogmática que lleva a una abertura y a un diálogo fecundo con otras disciplinas del saber humano.

En conclusión, el reconocimiento de los límites del conocimiento científico, el destierro de todo posible cientificismo y la apertura de la razón a otras formas del conocimiento con las que también puede acceder a la verdad de un modo más pleno que con la sola ciencia experimental ayudaría a que la Universidad recuperara la búsqueda de la verdad.

10

Para ampliar la información, se puede consultar a Fayos (2001, pp. 94-101).

11

“(…) el futuro de nuestra civilización depende en buena parte de que la Universidad no pierda su esencial vinculación con el tipo de conocimientos que afectan más profundamente a la persona humana. La Universidad —y con ella la sociedad entera— se juega su destino en el tratamiento que conceda a los saberes humanísticos” (Llano, 2003, p. 13).

Una vuelta al valor de las humanidades¹¹ y de los clásicos

En 1928 ya Max Scheler escribía en su ensayo *El puesto del hombre en el cosmos*: “cabe decir que en ninguna época de la historia ha resultado el hombre tan problemático para sí mismo como en la actualidad” (p. 24). Vivimos en una de las mayores crisis antropológicas de los últimos siglos. No existe una respuesta unánime a la cuestión ¿qué es el hombre? La universidad católica debe asumir esta tarea y lo debe hacer de la mano de la tradición clásica europea, esto es, de la mano de las humanidades. Si estas deben jugar un papel relevante en las universidades hay que abrir el horizonte formativo más allá de lo meramente profesional. Deberíamos colocar la formación técnica de nuestros alumnos por debajo de un ideal superior: la educación de ciudadanos libres. Es decir, nuestras instituciones académicas debe-

rían poder ofrecer a la sociedad hombres y mujeres capaces no solo de ejercer su profesión con solvencia técnica, sino de saber afrontar con responsabilidad y a la luz del humanismo cristiano los retos y desafíos de la cultura actual. Llano (2003) llega a escribir que

el futuro de nuestra civilización depende en buena parte de que la Universidad no pierda su esencial vinculación con el tipo de conocimientos que afectan más profundamente a la persona humana. La Universidad —y con ella la sociedad entera— se juega su destino en el tratamiento que conceda a los saberes humanísticos. (p. 13)

Es habitual encontrar en los programas académicos de las universidades católicas asignaturas humanísticas; sin embargo, la mínima relevancia que tienen en relación con la totalidad de los estudios no pocas veces hace que se consideren más bien ornamentales que fundamentales. Conviene en este contexto recordar lo que escribía Ortega y Gasset en su conocido ensayo *Misión de la universidad*, quien al preguntarse sobre la misión de la Universidad, contempla esta institución en su tiempo y descubre en ella dos elementos que todavía perviven y caracterizan también nuestra Universidad: el profesionalismo y la investigación¹². La cuestión es si la Universidad debe dedicarse a esto, si estos elementos son los que principalmente la constituyen, si estos definen la misión de la Universidad o esta es algo más. Ortega y Gasset (1998) examina con lupa la cuestión y escribe:

¿No es la enseñanza superior más que profesionalismo e investigación? A simple vista no descubrimos otra cosa. No obstante, si tomamos la lupa y escrutamos los planes de enseñanza, nos encontramos con que casi siempre se exige al estudiante, sobre su aprendizaje profesional y lo que trabaje en la investigación, la asistencia a un curso de carácter general. (p. 34)

Esos cursos aparecen como adorno en la *ratio studiorum* y se les otorga un carácter complementario; por eso, la denuncia de los alumnos que se ven “obligados” a cursarlos en nuestras universidades. No se entiende su lugar y función dentro de un plan de estudios. Se asemejan a esos apéndices que encontramos en algunas especies animales, que en su día fueron órganos o extremidades y hoy tan solo son un vestigio. Estos cursos también parecen residuo¹³ de épocas pasadas e intentar comprenderlos implica remontarse en la historia. Y eso es lo que hace Ortega y Gasset:

12

“¿En qué consiste esa enseñanza superior ofrecida en la Universidad a la legión inmensa de los jóvenes? En dos cosas: a) La enseñanza de las profesiones intelectuales. b) La investigación científica y la preparación de futuros investigadores. La Universidad enseña a ser médico, farmacéutico, abogado, juez, notario, economista, administrador público, profesor de ciencias y de letras en la segunda enseñanza, etc. Además, en la Universidad se cultiva la ciencia misma, se investiga y se enseña a ello” (Ortega y Gasset, 1998, p. 32).

13

“El síntoma de que algo es residuo —en biología como en historia— consiste en que no se comprende por qué está allí. Tal y como aparece no sirve ya de nada, y es preciso retroceder a otra época de la evolución en que se encuentra completo y eficiente lo que hoy es solo un muñón y un resto” (Ortega y Gasset, p. 34).

(...) Pero el caso es que, si brincáramos a la época en que la Universidad fue creada —Edad Media—, vemos que el residuo actual es la humilde supervivencia de lo que entonces constituía, entera y propiamente, la enseñanza superior.

La Universidad medieval no investiga; se ocupa muy poco de profesión, todo es “cultura general”, teología, filosofía, “artes”.

Pero eso que hoy llaman “cultura general” no lo era para la Edad Media; no era ornato de la mente o disciplina del carácter; era, por el contrario el sistemas de ideas sobre el mundo y la humanidad que el hombre de entonces poseía. Era, pues, el repertorio de convicciones que había de dirigir efectivamente su existencia. (p. 35)

El problema para Ortega y Gasset es que el universitario desconoce “la cultura” (sistema vital de ideas de su tiempo) en la que se encuentra instalada su generación. Conoce a la perfección los entresijos de su profesión, pero poco o nada acerca del mundo en el que la ejerce¹⁴. Y la Universidad debería proporcionársela, ya no solo para orientar su vida personal, sino porque el universitario, además de su profesión, tiene asignada otra tarea: liderar. A saber, influir en la sociedad y orientarla en una dirección o en otra (pp. 37-38). La omisión universitaria en la transmisión de esta cultura ha tenido, según nuestro autor, funestas consecuencias:

Esto ha sido evidentemente una atrocidad. Funestas consecuencias de ello que ahora paga Europa. El carácter catastrófico de la situación presente europea se debe a que el inglés medio, el francés medio, el alemán medio, son *incultos*, no poseen el sistema vital de ideas sobre el mundo y el hombre correspondientes al tiempo. Ese personaje medio es el *nuevo bárbaro, retrasado con respecto a su época, arcaico y primitivo* en comparación con la terrible actualidad y fecha de sus problemas. Este nuevo bárbaro es principalmente el profesional, más sabio que nunca, pero más inculto también —el ingeniero, el médico, el abogado, el científico—. (p. 36)

14

“Comparada con la medieval, la Universidad contemporánea ha complicado enormemente la enseñanza profesional que aquella en germen proporcionaba, y ha añadido la investigación quitando casi por completo la enseñanza o transmisión de la cultura” (Ortega y Gasset, 1998, p. 36).

Este nuevo bárbaro está presente en nuestra sociedad, y es el profesional que solo conoce una parcela del saber, pero no sabe dónde se encuentra ni tampoco es capaz de juzgar ni ser crítico con su sociedad. Las humanidades, en la medida en que suponen un contacto con el mundo de los clásicos, es decir, de las grandes figuras de la historia que no han perdido vigencia ni actualidad con el paso de los siglos ni la perderán en el futuro, deben jugar un papel importante en la formación de nuestros alumnos. Decía Romano Guardini (1963) al respecto, y con ello cerramos este epígrafe:

Al fin y al cabo las figuras máximas de las que habla la historia de la investigación científica, el arte, el derecho, la sabiduría y la experiencia religiosa no están para que se escriban libros sobre ellas y con los conocimientos que sobre ellas se tienen se rindan exámenes. Han precisado pautas para distinguir entre el bien y el mal. Han destacado órdenes jerárquicos que establecen lo que es noble y lo que es vil. Nos han enseñado leyes espirituales con arreglo a cuya validez inmovible el acontecer histórico es fecundo o destructivo (pp. 14-15).

Una actitud agustiniana hacia la verdad: la verdad existencial

Otro elemento íntimamente unido con los anteriores en orden a vivificar la misión de la Universidad como buscadora de la verdad es la necesidad de rescatar el sentido existencial de la verdad. Una de las consecuencias de la mentalidad moderna es la reducción de la verdad al ámbito meramente epistemológico, lo que la destierra del contexto existencial en el que había habitado en la antigüedad y el Medievo. Esta idea ha sido desarrollada por el profesor Álvaro Abellán en un reciente artículo titulado “*Veritatem diligere*. Misión de la Universidad: buscar, encontrar y comunicar la verdad”¹⁵. Allí se señala que la Antigüedad y la Edad Media están en este punto muy alejadas de la posición Moderna que acabamos de describir. Como muy bien anota el profesor Abellán, “ para un Cicerón o un Agustín, para Plotino, por supuesto para Platón, ciertamente para Anselmo e incluso para Tomás y todavía para Escoto, la verdad solo puede ser para nosotros ‘teoría’ si antes y con más solidez es ‘existencia’, vida, realidad” (p. 777).

La vida de San Agustín es el paradigma de la verdad existencial. Los deseos de amar desde una vertiente carnal y sensual, de gozar y de divertirse, propios de la juventud, entran en conflicto en un determinado momento de su vida con el anhelo de verdad que anida en toda alma humana. Será el *Hortensio* de Cicerón quien despierte su espíritu: “Semejante libro cambió mis afectos y mudó hacia ti, Señor, mis súplicas e hizo que mis votos y deseos fueran otros. De repente apareció vil a mis ojos toda esperanza vana, y con increíble ardor de mi corazón suspiraba por la inmortalidad de la sabiduría, y comencé a levantarme para volver a ti” (*Las confesiones*, Lib. 3, cap. 4, 7.). La transformación que provoca la lectura del texto ciceroniano es notable hasta el punto de que, desde entonces, consagra toda su existencia a la búsqueda de la verdad¹⁶. Indaga en el maniqueísmo, analiza la doctrina de los académicos, entra en contacto con el neoplatonismo,

15

“Pero hay algo anterior y más básico en nuestra actitud cultural frente a la verdad, algo que de hecho es lo que da origen al escepticismo, al relativismo y al nihilismo. Y es que, en general, para nuestro tiempo, para lo que fue el siglo xx y para la Modernidad, la verdad es algo que, de darse, se da en el dominio de la res cogitans y por lo mismo tiene que ser medido por la razón —es algo ‘del pensamiento’ y por lo mismo ‘racional’ o ‘especulativo’, ‘intelectual’ (en el sentido restringido y reducido de los términos)—” (Abellán García, Agejas y Antuñano, 2018, p. 776).

16

“El texto de Cicerón le incita a la reflexión, a dar alcance a la verdad. Ese deseo de amar y ser amado abrasaba su corazón y encendía su mente en busca de la verdad. Solo el amor a la sabiduría —filosofía— podía ser amada sobre las riquezas y bienes humanos. Esta experiencia sin igual llevará al joven Agustín a convertirse en buscador de la verdad. Es el hombre entero de Agustín de Hipona, ubicado en la temporalidad y especialidad, mutable y contingente, quien se embarca en la ardua empresa de la verdad” (Lazcano, 2010, p. 12).

etc. Un largo camino recorrerá para finalmente abrazar la Verdad en el cristianismo. Evidentemente, esta vertiente existencial de la verdad es parte de la herencia que lega a Europa y será a lo largo de los siglos recogida y actualizada por otros autores¹⁷, por ejemplo, Romano Guardini, quien poco antes de morir rezaba a modo de jaculatoria algunos pasajes de las *Confesiones*¹⁸.

Para Guardini (2012^a), el hombre en tanto espíritu solo puede desplegar su vida y alcanzar su plenitud en la medida en que vive abierto a la verdad. Lo contrario supone enfermar¹⁹. No se trata de una metáfora, la verdad es

aquello último a lo que el espíritu está ordenado y que debe querer si no renuncia a vivir como espíritu. Platón usa para ello símbolos del más alto rango. (...) Esa verdad define el espíritu, e ir en su busca es para él la tarea esencial. El hombre es hombre con relación a ella. (pp. 34-35)

El texto anterior, íntimamente unido a San Agustín, también está vinculado irremediamente a la misión de la Universidad, que encuentra su último sentido en la búsqueda de la verdad.

La interioridad, como sede de la verdad, es otra vertiente de indagación que debería cultivar la comunidad universitaria. El silencio como condición de posibilidad del estudio es el ámbito adecuado de la introspección interior, lejos de la exterioridad del mundo donde prima la utilidad sobre otros valores más sustantivos y nobles. San Agustín es de nuevo aquí un paradigma o modelo. Para el Obispo de Hipona, el encuentro con la verdad tiene su sede en lo íntimo del alma:

Este ascenso gradual hacia la luz de la verdad en Agustín se produce desde la interioridad del hombre (...) Admite que la Verdad está presente en la mente y niega que el hombre sea luz para sí mismo. Ahora bien, esa Verdad ilumina al hombre en todos los órdenes, tanto natural como sobrenatural, cognoscitivo como moral, y está siempre presente en la mente, en el interior del alma y en el santuario de la memoria. (Lazcano, 2010, pp. 16-17)²⁰

Otro modo de recuperar el valor existencial de la verdad en la Universidad podría consistir en la valoración ética y humanista de los supuestos avances que nos presenta la cultura de hoy en el ámbito de la política y los derechos del hombre, de las ciencias experimentales, de las propuestas económicas, etc., a fin de observar en qué medida

17

La institución universitaria, aunque pocas veces se reconoce, es hija de este espíritu agustiniano de anhelo y de búsqueda de la verdad a la luz de la cual solo el hombre puede alcanzar su plenitud vital.

18

Para ampliar la información, se puede consultar a López Quintás (1998, p. 147) y a Gerl-Falkovitz (1988, p. 425).

19

“Si el espíritu apostasía de la verdad enferma. Esta apostasía no tiene lugar ya porque el hombre yerre, sino solo cuando abandona la verdad; no ya porque mienta, incluso porque mienta con frecuencia, sino solo cuando no considera la verdad como vinculante; no ya porque engañe, sino solo cuando dirige su vida a la destrucción de la verdad” (Guardini, 2000, p. 106).

20

También Guardini desarrolla en sus obras el concepto de interioridad cristiana, que evoca el pensamiento de Agustín (Fayos, 2017, pp. 143-172).

hacen justicia al hombre. Los profesores Antuñano y Agejas (2019) aciertan cuando dicen:

La Universidad es el lugar donde se ofrece en el momento presente a la persona la posibilidad de preguntarse por el sentido de la realidad, de los cambios sociales, de la creación artística, de los descubrimientos científicos o de los avances tecnológicos. Por eso está enfocada hacia la persona, la que ha de seguir siempre buscando las respuestas más adecuadas a las mismas. (pp. 90-91)

Todo lo anterior exige, si somos fieles a la tradición europea que inicia con Sócrates, que continua con Platón y encuentra en la persona de San Agustín su expresión cristiana más lograda, la búsqueda y fundamentación metafísica de los valores universales como el bien y la verdad. Esta es una de las tareas que Guardini (2002) asigna a la Universidad²¹, para lo cual evoca a autores como Platón del que escribe:

Su filosofía ha puesto en claro para siempre una cosa: tras la confusión de la sofística ha mostrado que existen valores incondicionados, que pueden ser conocidos y, por tanto, que hay una verdad; que esos valores se reúnen en la elevación de lo que se llama “el bien”, y que ese bien puede realizarse en la vida del hombre, según las posibilidades dadas en cada caso. (p. 19)

A lo que debemos añadir, aunque los hechos parezcan desmentirlo, que “nuestro tiempo, a pesar de su escepticismo, anhela una interpretación de su vida diaria hecha a partir de lo eterno” (pp. 109-110).

Recuperar la comunidad universitaria

El mercantilismo universitario está conduciendo a nuestras instituciones académicas a planteamientos propios de los primeros teóricos de la empresa como W. Taylor (1856-1915) con un enfoque claramente mecanicista²². Profesores, investigadores, personal de administración y servicios son simplemente piezas de una inmensa maquinaria. A estos solo se les pide que realicen y desarrollen la tarea asignada según unos determinados procedimientos²³. Horarios de clase, espacios de impartición, grupos de magistrales, de seminarios y talleres, etc., están planificados teóricamente y deberían funcionar como un reloj. Sin embargo, no se ha tenido en cuenta la vida misma ni a las personas. Sucede que docentes deben impartir en un solo día

21

“La verdad es lo estable y luminoso. Cuando estamos convencidos de ella, hay cierta grandeza por encima de nuestra vida, a saber: aquello que en sí es correcto y justo. Con referencia a ello nuestra vida será entonces correcta y justa. Por consiguiente, lo primero y decisivo, aquello de lo que depende que la vida sea realmente viva, correctamente viva, bella y creadoramente viva, es esto: por encima de la vida debe haber algo que no depende de ella ni la sirva, sino que en sí mismo tenga grandeza y nobleza. Y ese algo es la verdad. Saber esto, amigos míos, descubrir esto de modo siempre nuevo, experimentarlo y anunciarlo: para eso existe la Universidad” (Guardini, 2012, p. 17).

22

“Taylor diseñó así métodos de trabajo en los que las personas y las máquinas forman una unidad, pero donde se considera al operario como una extensión de la máquina a la cual daba servicio eficientemente siguiendo unas instrucciones exactas, ofreciendo al obrero un incentivo salarial para que mejorara su productividad” (Camison, Roig y Torcal, 1993, p. 133).

23

“En opinión de Taylor, los directivos deberían planificar y controlar exclusivamente todas las actividades de produc-

ocho horas de clase, que los grupos son demasiado grandes (y por ello más rentables) para un solo profesor, que la carga docente impide el estudio o la investigación, etc.

La Universidad debe organizarse en vista a crear las condiciones de posibilidad de la vida académica, es decir, a que docentes y alumnos puedan indagar, estudiar, enseñar y transmitir la verdad. Como decía Alejandro Llano (2003) a analizar las innumerables normativas que ahogan al profesor universitario: “A la Universidad actual lo que le sobra es organización. Lo que le falta es vida” (p. 46)²⁴. En razón a esto, es necesario recuperar el sentido de la comunidad universitaria y poner en el centro a las personas, profesores, alumnos y técnicos de administración y servicios, para facilitarles un entorno en el que puedan realizar las tareas propias de cada uno dentro de la institución académica.

Conclusión

Al inicio de este escrito nos proponíamos evidenciar cómo el mercantilismo universitario y la crisis epistemológica propia de la Modernidad y Posmodernidad han podido desnaturalizar el fin y misión de la universidad católica. De la mano de Raztinger, Guardini, Ortega, Esteban Hernández, Llano, Antuñano, etc., hemos trazado un boceto a grandes rasgos de cómo estas amenazas han incidido en la secular institución universitaria. Pero nuestro trabajo no ha sido meramente descriptivo. Hemos desarrollado brevemente una serie de propuestas para recuperar el fin de toda universidad católica, que es la búsqueda de la verdad. A la luz de todo lo expuesto anteriormente, quisiéramos ofrecer brevemente algunas conclusiones tras nuestro análisis.

Urge hacer un examen de conciencia para ver hasta qué punto la universidad católica ha transformado un medio, como es la rentabilidad económica, en el fin primordial de su actividad. Además, convendría constatar si se ha producido una transformación progresiva de las universidades en empresas. Ciertamente debe haber una organización empresarial que permita un funcionamiento fluido y eficaz en toda institución universitaria y que haga viable el proyecto educativo, pero siempre supeditado a la vida académica propia de toda universidad.

Muy importante y necesario es saber integrar adecuadamente las humanidades en las titulaciones. No se trata de que se complementen los grados con materias optativas o de libre configuración de carácter humanístico. El reto que hay que asumir consiste en que los grados

ción, mientras que los trabajadores solo tendrían que ejecutar dichos planes” (Melé y Catón, 2015, p. 60).

24

En el mismo libro también podemos leer: “Buena parte de la auténtica reforma de la Universidad consiste en su desburocratización y desmercantilización” (p. 50).

se configuren en torno a las humanidades y que no sean los criterios meramente técnicos y profesionales los que prevalezcan. Las exigencias del mercado laboral, la empleabilidad y otros requisitos técnicos deben estar presentes, pero no pueden ser los únicos ni situarse por encima de otros elementos claves en el ámbito de las universidades católicas como es la formación humanística.

El punto anterior será posible en la medida en que incorporemos como parte de la cultura universitaria lo que en este escrito, y de la mano de Benedicto XVI, hemos llamado *razón abierta*. Se trata de superar los límites que nos impone una visión cientificista y abrir el conocimiento y la posibilidad de encuentro de la verdad desde disciplinas humanísticas. Con ello también se gana una visión más amplia y rica de la realidad y se superan los condicionantes propios de una filosofía materialista.

En todo lo anterior debemos subrayar que no proponemos una vuelta al pasado, sino saber incorporar lo nuevo, porque la novedad es parte de la vocación de la Universidad. Por un lado, es uno de sus elementos propios y específicos, en tanto que la novedad está estrechamente ligada al conocimiento. Por otro lado, la novedad puede también referirse al tiempo, es decir, a las nuevas circunstancias que históricamente van cambiando. La Universidad debe estar a la altura de los tiempos, esto es, a la altura de lo nuevo que se configura como reto y desafío. Para terminar con una cita del profesor Llano (2003), con quien iniciamos nuestras reflexiones:

Si todavía aspiramos a que la inteligencia trate de encaminar el curso de los acontecimientos humanos, es preciso que las instituciones académicas, culturales y científicas, sean capaces de asimilar lo nuevo, captar su radical dimensión antropológica y ética, e integrarlo en el modo de pensar propio de un humanismo no meramente añorante o restaurativo. (p. 17)

Referencias

- Abellán García-Barrio, Á., Agejas, J. A. y Antuñano, S. (2018). *Veritatem diligere*. Misión de la universidad: buscar, encontrar y comunicar la verdad. *Pensamiento*, 74(282), pp. 783-801.
- Agejas, J. A. y Antuñano, S. (2019). *Universidad y persona: una tradición renovada*. Eunsa.

- Benedicto XVI, *Discurso en la Universidad de Ratisbona*, 12 de septiembre 2006.
https://www.vatican.va/content/benedictxvi/es/speeches/2006/sep-tember/documents/hf_ben-xvi_spe_20060912_university-regensburg.html
- Benedicto XVI. (18 de abril 2005). Homilía en la misa *Pro eligendo Pontifice*.
https://www.vatican.va/gpII/documents/homily-pro-eligendo-pontifice_20050418_sp.html
- Camison, C., Roig, S y Torcal, R. (1993). *Introducción a la organización y dirección de empresas*. Editorial AC.
- Cantos Aparicio, M. (2014). Identidad y racionalidad de la Universidad según Joseph Ratzinger (Benedicto XVI). *Relecciones*, 1, pp. 89-106.
- Concilio Vaticano II. *Declaración Gravissimum Educationis sobre la educación cristiana*.
- Concilio Vaticano II. *Gaudium et Spes n.º 57*.
- De la Llave, J. (2015). ¿Puede la Universidad inspirar otro modelo de sociedad? Christopher Derrick y la educación liberal. En *Razón de la Universidad* (R. Fayos, ed.). CEU Ediciones.
- Deresiewicz, W. (2019). *El rebaño excelente*. Rialp.
- Fayos, R. (2017). Existencia e interioridad cristiana en *Libertad, gracia y destino de Romano Guardini*. En *Romano Guardini e il pensiero esistenziale* (J. G. Ascenso, ed.). Cantagalli, pp. 143-172.
- Fayos, R. (2001). *Verdad y realismo en la obra de Karl Raimund Popper*. Ateneo Pontificio Regina.
- Feyerabend, P. (1993). *Against Method*. Verso.
- Gallardo, S. (2017). Joseph Ratzinger y la Universidad. *Cuadernos de pensamiento*, 30. pp. 165-196.
- García Hoz, V. (1996). La Universidad. En *La educación personalizada en la Universidad*. Rialp.
- Gerl-Falkovitz, H. B. (1988). *Romano Guardini. La vita e l'opera*. Morcelliana.
- Guardini, R. (1963). *La cuestión judía*. Editorial Sur.
- Guardini, R. (1981). El ocaso de la Edad Moderna. En *Obras*, vol. 1, Cristiandad.
- Guardini, R. (2000). *Mundo y persona*. Encuentro.
- Guardini, R. (2002). Una ética para nuestro tiempo. En *Obras*, vol. 1, Cristiandad.
- Guardini, R. (2012a). La responsabilidad del estudiante para con la cultura. En *Tres escritos sobre la Universidad*. Eunsa.
- Guardini, R. (2012b). Homilía en la Misa de inauguración del semestre académico de 1949. En *Tres escritos sobre la Universidad*. Eunsa.
- Guardini, R. (2016). Sobre el sentido cristiano del conocimiento. En *Experiencia religiosa y fe*. BAC.

- Hernández, E. (2016). *Los límites del deseo: Instrucciones de uso del capitalismo del siglo XXI (Ensayo social)*. Clave intelectual.
- Ibercampus. (29 de abril de 2019). La alta rentabilidad de algunas universidades privadas atrae a grandes fondos de inversión. <https://www.ibercampus.es/la-alta-rentabilidad-de-algunas-universidades-privadas-atrae-a-grandes-fondos-38261.htm>
- Juan Pablo II. *Ex Corde Ecclesiae*. Constitución apostólica sobre las universidades católicas.
- Juan Pablo II. *Sapientia Christiana*. Constitución apostólica sobre las universidades y facultades eclesiásticas.
- Kuhn, T. S. (1970). *The Structure of Scientific Revolutions*. The University of Chicago Press.
- Lazcano, R. (2010). El amor a la verdad según San Agustín de Hipona. *Revista Española de Filosofía Medieval*, 17, pp. 11-19.
- López Quintás, A. (1998), *Romano Guardini. Maestro de vida*. Palabra.
- Llano, A. (2003). *Repensar la Universidad. La Universidad ante lo nuevo*. Ediciones Internacionales Universitarias.
- Marmelada, C. A. (2002). *Cientificismo positivista y ciencia positiva hoy*. Grupo Ciencia y Fe, Universidad de Navarra. <https://www.unav.edu/web/ciencia-razon-y-fe/cientificismo-positivista-y-ciencia-positiva-hoy>
- Melé, D. y Catón, C. G. (2015). *Fundamentos antropológicos de la dirección de empresas*. Eunsa.
- Ortega y Gasset, J. (1998). *Misión de la Universidad*. Fundación Universidad Empresa.
- Pablo VI. *Evangelii Nuntiandi*.
- Pérez Ransanz, A. R. (1995). Racionalidad y desarrollo científico. En *Racionalidad epistémica* (León Olive, ed.). Editorial Trotta.
- Piñas, A. (2015). Las funciones de la Universidad según Pedro Laín Entralgo. En *Razón de la Universidad* (R. Fayos, coord.). CEU Ediciones.
- Popper, K. (1962). *La lógica de la investigación científica*. Tecnos.
- Ratzinger, J. (2006). *Verdad, valores y poder*. Rialp.
- Scheler, M. (1971). *El puesto del hombre en el cosmos*. Losada.
- San Agustín. *Las confesiones*.